Año V. Barcelona 27 de Marzo de 1891 Núm. 11.

La Semana Cómica

DIRECTOR: J. FERNANDEZ DE LA REGUERA.

PERIÓDICO LITERARIO, ILUSTRADO.

ADMINISTRACION: Plaza de la Universidad, 5

NUESTRAS ACTRICES, POR ROSS.

HEMEROTECA MUNICIPAL ★ MADRID ★

PILAR ACEVES.

Ayuntamiento de Madrid

La bolsa y la vida del viajero han sido siempre aliciente excepcional y cebo el más á propósito para tentar la codicia de los ladrones.

Hace unos siglos, poblaban los caminos de España malandrines, golfines y monfies; más tarde, las bandas de José María y de Jaime el Barbudo se hicieron dueñas de nuestras carreteras, y ahora los ferrocarriles no son más que feudos movibles, en los que rateros, asesinos y salteadores son señores de horca y cuchillo, de pendón y caldera... de vapor.

No se habla estos días más que de los robos cometidos en el ferrocarril, por lo cual unos echan de menos á las galeras aceleradas y otros á las galeras del rey, en donde los malhechores purgaban sus pecados azotando sardinas, como dijo Quevedo.

Hay millonario que viaja en tercera, para no llamar la atención; otros no llevan más que calderilla, y aun esa la meten en la perrera, porque, al fin, se trata de perros chicos y grandes; algunos, por fin, imitan el ejemplo del comisionista de *Parada y fonda* y sustituyen la gorra de viaje, por un tricornio de guardia civil.

Fuerza es confesar que, hoy por hoy, en cuanto el tren sale de agujas empieza á entrar en puñales.

Algunas preocupaciones resultan inútiles, como la de tomar un modesto y azulado billete de 3.ª en vez de la sonrosada cartulina de 1.ª clase.

Los criminales no distinguen de colores, y lo mismo entran en los coches incómodos en donde

va la gente bullanguera,

según las aleluyas del ferro-carril, que en los *Destripees-car*, como llamaremos desde ahora á los wagones-camas.

Al entrar en el coche, corríamos antes el peligro de que alguna compañera de viaje nos robara el corazón, pero hoy estamos expuestos á que nos roben el bolsillo, víscera mucho más importante que el corazón en los tiempos que corren.

No pocos viajeros distraídos notan que el tren se para, cogen apresurados la manta y la sombrerera y preguntan por la ventanilla:

—¿Es este el punto de llegada?

—¡Cá! no señor; es el punto de partida.

—¡Como de partida! ¡Si habré yo dado la vuelta al mundo!

—De partida... de ladrones, señor mío.

—¡Cielo santo! Pues me cogen sin nada encima.

—No les importa. Le pedirán á V. tambien lo de debajo.

Hay quien llama á las vías del ferrocarril, caminos de hierro... homicida.

«Ponerse en viaje» ha sido siempre sinónimo de «ponerse en riesgo».

Desde el corsario renegado, que echaba una cadena al cuello de los pasajeros y les enviaba á las mazmorras de Tunez, hasta el secuestrador de Andalucía, que encerraba á la víctima en una cueva y enviaba á la familia un anónimo pidiendo el rescate, ha habido en la historia mucha gente dedicada á desbalijar y atropellar á los viajeros poniendo en práctica el antiguo refrán: A ave de paso, cañazo.

Ahora los bandidos se han dedicado á poner en explotación las vías férreas, ni más ni menos que si fuesen una compañía concesionaria.

Llegará el verano y hasta con los trenes de recreo se atreverán los malhechores.

Para ellos, esos trenes baratos no serán *botijos*, sino *huchas* que hay que romper para extraer los ahorros; y al fin y al cabo, todo es alfarería.

Todo viajero miedoso gusta de ir en el tren acompañado.

Pero ahora ya no es suficiente viajar con compañía.

Hay que viajar con batallón.

***

La llegada de los licenciados de Cuba ha abierto nuevos horizontes al cuerpo colegiado de timadores barceloneses.

Todas las autoridades son pocas para contener la audacia de los rateros y advertir al «ejército de desembarco» que debe efectuar éste como si lo hiciera bajo el fuego enemigo.

Por su parte, los aficionados á «verlos llegar»—vicio mucho peor que el de «verlas venir»—conocen por el olfato cuando se acerca un nuevo buque, mucho antes que se haya dado cuenta del hecho por el vigía del puerto.

—Háme dado en la nariz, olor á *primavería*—dice un rata olfateando la presa.

Y poco después añade otro, corriendo la voz entre los afiliados, ó afilados, mejor dicho:

—De América ha venido un buque cargado de...

Con esta frase da principio el novísimo juego de «apurar letras»... de fácil cobro.

Esos servidores de la patria, con sus sombreros de jipijapa, sus cintajos puestos en bandolera y sus trajecitos azules, parecen indicar, por su inocencia y por sus vestidos, que vienen de la primera comunión.

¡Qué mejor ocasión—dicen los timadores—para hacerles comulgar otra vez, aunque sea con ruedas de molino!

Los recién llegados echan pestes del calor de Cuba, que les ha tostado las manos y el rostro.

No saben que aquí van á sentir más calor todavía, porque les va á arder el pelo.

Algunos llegan satisfechos y orgullosos porque han corrido mucha tierra y ya nada les queda por ver.

No saben ellos que, á pesar de su ciencia, si

Ayuntamiento de Madrid

son licenciados, los que les aguardan son ya doctores.

¡Cuántas veces evitaron los tajos y reveses de los machetes y de los temibles *bolos!* No sortearán así los golpes de sable que les aguardan.

Se traen una porción de *timos* nuevos como *aplatanao*, *niño*, *pendejo* y otros tales; pero el timo que aquí les aguarda vale por todos los dichos y muchos más.

Llegan más orgullosos con sus ahorros y alcances que los soldados de Cortés con su botín, pero cuando entren en el hogar paterno lo harán como aquel marido de la copla que

trajo mucho que decir
pero poco que contar,

Vienen de servir al rey y llegan para servir á Roque y á sus discípulos.

Este Roque no es otro que Roque Guinart, el antiguo y famoso bandido de Cataluña.

—Oye tú—dice un ratero á otro, señalando á la víctima—¡atrévete con ese!

—¡Bah! es de cortos alcances.

—Mejor que mejor; así podrás engañarle con más facilidad.

—¡Que no, te digo! Si en donde trae pocos alcances es en el bolsillo...

Hay también entre los *indianos* gente lista y advertida que no se deja sonsacar ni á tres tirones.

A uno de esos le preguntaba un desconocido, acompañándole por la ciudad:

—¿Es la primera vez que pisa usted esta tierra?

—Si señor, contestaba el ex-soldado, dando un pisotón á su interlocutor.

Y este exclamaba, dando un grito:

—¡Caramba! Pues para ser la primera vez, no lo hace V. del todo mal.

Un licenciado encuentra siempre á montones la gente solícita que le enseña la población, le busca hospedaje y le sirve de director y acompañante en toda clase de orgías.

—Militar—le dicen á uno:—¿quiere V. que le señale el itinerario?

—Y V. ¿quiere que le señale yo otra cosa?

Si la policía quiere atrapar en poco tiempo á toda la gente de mal vivir no tiene más que abandonar por unos días el uniforme, sustituyéndolo por el de los soldados ultramarinos y verá que acude á ella en masa toda la hampa barcelonesa, como acuden las moscas á la miel.

Pero abordar á los licenciados y dejarles como al gallo de Morón tiene también sus dificultades, cuando se trata de gente larga y suspicaz.

—Con que de la Habana ¿eh? ¡Qué bueno debe de ser aquello! Que tiene V. gana de pasear; pues se dá V. una vuelta por la Vuelta de Abajo; que quiere V. patear una comedia, pues se marcha V. al teatro Tacón. Allí se aprende á distinguir de colores...

—Ya lo creo. Distingue V. la fiebre amarilla del vómito. ... negro.

—Y ¿habrá V. hecho muchos cuartos?

—Muchísimos.

—A ver, á ver y ¿cómo fué eso?

— Una vez que perseguimos á una cuadrilla de malhechores, dimos con ellos, hicieron resistencia, les atrapamos.....

—¿Y se dejaron Vdes. sobornar con pesos duros?

—No señor; y les hicimos cuartos á todos ellos.

Luis Royo Villanova.

EL FIN DE LA CUARESMA

(ROMANCE INSÍPIDO.)

Pues han de saber ustedes
que este año doña Cuaresma
un buen legado de ayunos
y privaciones nos deja.
Yo he visto su testamento,
que dice al pié de la letra,
entre otras muchas, las cosas
que á continuación se expresan:
«Yo, engendro de pergamino
que abortara una osamenta;
la que flaquezas combate
por medio de la flaqueza;
yo, la que siempre en olores
de santidad ando envuelta,
por mis odios á la carne
y mi afán por la habichuela...
En vista de que no hago
falta maldita en la tierra,
pues para que el mundo ayune
no es preciso que yo venga;
en vista de que en España
sólo come el que gobierna
y para ese llega pronto
el turno de la abstinencia,
y de que en ella se advierte
tal escasez de moneda,
que hay quien su suerte bendice
porque, al fin, su suerte es *perra*;
en vista de que el ayuno
que nos impone la Iglesia
no es, ni muchísimo menos,
una privación completa,
pues que manda, como madre
previsora que es, y buena,
que al mediodía se coma
todo lo más que se pueda,
y atendiendo á que de Tántalo
España sufre la pena,
y estando en el Mediodía
nunca al mediodía llega,
y á que el español perece
por la falta de pesetas,
y á que el infeliz no ayuna
porque no hayuna, ni media;
atendiendo á todo esto
y algo más que no interesa,
he decidido morirme,
pues me dá mucha vergüenza
resultar una glotona
junto á un español cualquiera;
y siendo junto á la suya
gran fortuna mi pobreza,
voy mis bienes á dejarle
y á echármelas de opulenta.
Lego á España las vigilias,
gran regalo para ella,
que se vendería toda
por un plato de lentejas.
Prescindirá del potaje,
que es facil que no le quiera,
no faltándola gobiernos
que los hagan á docenas;
pero aceptará la sopa,
que no es boba, porque de ésta
sólo á los hombres de Estado
disfrutar se les tolera.
Es sopa de ajo esta sopa,
una sopa con sorpresa,
que á veces algún ministro

Ayuntamiento de Madrid

GALERÍA ARTÍSTICA POR RENAU.

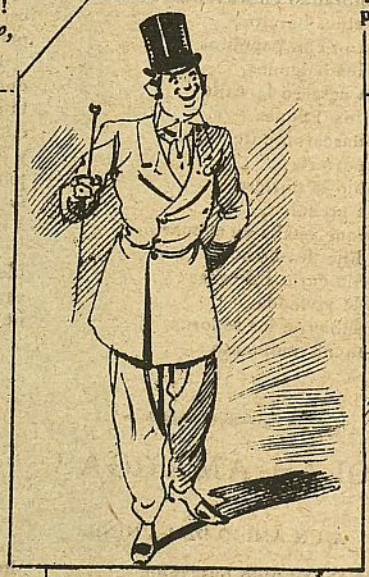
LA AURORA.
(Cuadro de Bouguereau.)

Ayuntamiento de Madrid

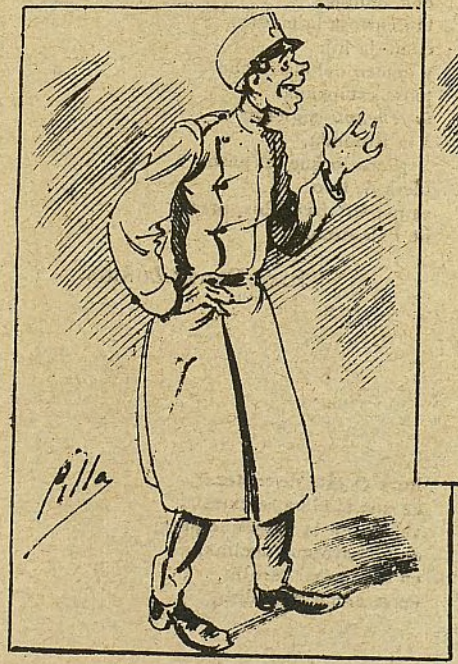
LO QUE LE DICEN A LOLA, POR CILLA.

¡Ole ya, por las hembras de trapío!
¡Vale usté más pesetas, cuerpo *güeno*,
que cabezas de *fósforo* hacen falta
pa derribar la torre de mi pueblo!

¡Vaya una hembra de cuenta!
Desde hoy maldeciré de mi destino,
que no la puso á Vd. en mi camino
por el año cuarenta!



¡Pas mal! ¡Pas mal!



¡Uy, quién fuera jefe!
¡Señor, quién lo fuera,
pa mandar á mi gusto en *er* cuerpo
que *ar* margen se espresa!

¡Me la comía!

Ayuntamiento de Madrid

que está en el ajo se encuentra.
—Si tal sucede, que cuide
al morder, todo el que muerda,
porque si muerde en la cara
ni un solo diente le queda.—
Légole con la vigilia,
si es igual vigília y vela,
por lo que es señal de vientos
el uso de la primera,
y si tempestad recoge
todo aquel que viento siembra,
de ventiscas tempestuosas
una excelente cosecha.
Y no es el legado inutil,
pues si España no prospera
por la falta de elementos,
eso los desencadena.

Para siempre á España dejo
de comprar bulas exenta:
¡no es fácil que coma carne
y peque por no tenerlas!
Y... tem más: Lego á la misma,
para los días de fiesta,
400 colaciones
de beato, vulgo cenas.
De judías tengo arrobas
y ha de comérselas ella;
ya que la esquilman judíos,
dése á devorar hebreas.
También la dejo pescado,
pescado el año sesenta;
la dejo muchos arenques
y una bacalada déjola:
una bacalada, entiéndalo;
que es una vaca no crea
—hoy la vaca es vaca-alada,
¡y poquito alto que vuela!—
Légola, á más de lo dicho,
multitud de menudencias,
que aminorarán sus hambres
y haránla ayunar en regla.
Y me largo sin demora
de esta miserable tierra,
dejando á España el encargo
de perpetuar la Cuaresma.»
Firmó, y expiró la anciana
porque le daba vergüenza
resultar una glotona
junto á un español cualquiera...

FERNANDO SEGURA.

BUSCANDO EL NIDO

En vísperas de unirse
Dolores Alba
con Manuel Palomino,
que era una malva,
se marchó con su madre
la pobrecilla
á buscar, recorriendo
toda la villa,
un cuartito modesto,
pero decente,
donde pasar los días
alegremente.
Vieron innumerables
habitaciones
de diferentes precios
y condiciones,
bendiciendo sin tregua
por el camino
la hora en que conocieron
á Palomino.
Vieron cosas muy raras
en su tarea:
cuartos con la cocina
sin chimenea;
otros con muchas piezas
en sitio escaso,
siendo, además de chicas,
todas de paso;
otros con cierto asiento
sin tapadera
y en un salón, á modo
de rinconera;
otros tan sumamente
bajos de techo,
que no cabía un niño
de pié derecho,
y otros, en fin, con fuentes
en la escalera
y en las extremidades
de la portera.
Después que á veinte cuartos
subió Dolores,
para encontrar el nido
de sus amores,
mientras pasaba el novio
muy malos ratos
comprando en almonedas
muebles baratos,
vieron con papelitos
en los balcones,
una casa en la calle
de los Leones.
Buscaron ante todo
la portería,
y dijo la portera
que no subía,
porque estaba en el cuarto
su hija Rosenda
y ella daría informes
de la vivienda.
Subieron las señoras
y en un momento
vieron un espacioso
recibimiento
y un comedor alegre
y una gran sala
y luego una cocina
que no era mala.
Todo les satisfizo:
desde el retrete
hasta la hermosa alcoba
del gabinete.
Pero aunque registraron
la casa entera,
no hallaron á la chica
de la portera.
Sólo vieron que estaba
(y esto es lo grave)
cerrada la despensa,
pero con llave.
De la puerta buscaron
una rendija,
tan curiosa la madre
como la hija,
y dentro del cuartucho
¡cosa estupenda!
in fraganti cogieron
á la Rosenda.
¡Pero lo que les puso
fuera de tino
es que estaba en los brazos
de Palomino!

JUAN PEREZ ZÚÑIGA.

OLAS AMARGAS

Á UN AMIGO DE LA NIÑEZ

Ven; la playa está desierta;
el sol á ocaso camina,
y efluvios primaverales,
lleva en sus alas la brisa.
Ven; el crepúsculo avanza,
cubre el cielo roja tinta,
vuelan, su nido buscando,
las pintadas avecillas,
y el rumor del oleaje
parece canto que espira.
Mar, playa, sol, horizonte,
todo á meditar convida;
hora es esta de tristeza,
en que el alma se extasía,
viendo en la nube que pasa,
en el astro que declina,
en el inmóvil escollo,
en la arena movediza,

Ayuntamiento de Madrid

la copia de ese otro abismo
sin fondo y sin luz: la vida.
Aquí fué, bajo este cielo,
de estas olas á la orilla,
donde la hallé en mi camino
la mañana de aquel día.
Como Venus de la espuma,
ella brotó ante mi vista;
pero más frágil que Venus
y más que la espuma misma.
Aquí fué, sobre esta arena,
donde ella escribió una cifra
que no era la de mi nombre,
que en otro tiempo escribía.
Y ella vive, y estas olas,
sus rivales en perfidia,
la reciben en su seno.
cual náyade peregrina.
Y yo, con turbada planta,
vengo á contar mi desdicha
á las aguas que murmuran
y á los luceros que brillan.

Ven, pues, generoso amigo,
ven: la noche está tranquila
y efluvios primaverales
lleva en sus alas la brisa.
Ven, que si es grande tu pena,
mucho mayor es la mía:
tú llevas luto en el cuerpo
por un sér que no respira;
yo llevo luto en el alma
por una persona viva.

MANUEL DEL PALACIO.

HEMEROTECA MUNICIPAL - MADRID

CABEZAS PARLANTES

—

No me inspira envidia mas que un buen orador.

¡Qué difícil es saber hablar! Y aun casi más difícil es saber callar, cuando todos hablan.

Vivir en un país de oradores y no poder romper, es terrible.

No romper á hablar.

He ensayado algunas veces en mi familia, y han reido á mi costa mis parientes.

Cuando yo pronunciaba discursos dramáticos.

Estos éxitos no me han estimulado á continuar por la senda «por donde han ido los muchos habladores que en el mundo han sido.»

Y me muerdo los dediles de los guantes, cuando los uso, oyendo hablar al camarero que me sirve el café, «sobre la península de los *Balcones*»; y «sobre la cuestión vinícola» y aun «sobre cualquier literato del reino».

¡Qué facilidad la de mi amigo y barbero!

¡Que elocuencia la de mi zapatero y señor mío!

¡Pues y los caballeros que concurren al mismo café donde yo acudo para ilustrarme de pasada!

—Pero, hombre, ¿usted no habla?—me han preguntado con extrañeza en algunos banquetes para hablar.

—Si señor,—he respondido siempre,—hablo; pero me ocurre lo que á un vecino que tuve en una casa: tocaba la guitarra como un ángel, pero Angel de nombre; vamos, Angel de Tal.

Y decía del artista mi portera:

—Hace hablar á la guitarra.

A lo cual repliqué indignado:

—Pero la hace hablar mal, señora.

Pues bien, yo hablo, pero mal.

Y un hombre así no puede ir á parte alguna.

¿A qué banquete, á qué reunión, á qué círculo podrá asistir quien no dice algo, sea en verso ó en prosa?

Hoy, que se ha desarrollado la monomanía circular, vive un hombre no orador, postergado.

Calculo que habrá en España dos ó tres mil círculos próximamente.

Había círculos mercantiles, círculos militares, de artistas, de labradores, etc

Pero esto era insuficiente para el desarrollo intelectual de nuesta época.

Los círculos políticos se subdividieron y se multiplicaron, con arreglo á las necesidades de la vida.

Y luego vinieron los círculos especiales.

Hubo círculos como establecimientos de vinos y de otros ramos del saber vivir humano.

«Círculo de la Amistad nocturna,» «Círculo del Iris de Paz,» «Círculo de la Confianza (con timba)»; «Círculo de los jóvenes iconoclastas (con ruleta)», y otros varios.

Asombra el progreso circulatorio de nuestro tiempo.

Y vuelta á mi manía.

¿Cómo penetra un hombre que no habla en un círculo?

Es decir, si *apunta* siquiera, del mal el menos.

¡Cuántos sofocos he pasado en banquetes donde, al fin, han empezado los brindis más ó menos improvisados!

Nunca olvidaré uno de los últimos á que me obligaron á asistir.

La esposa del comerciante en comestibles, que tenía un establecimiento frente á mi casa, había dado á luz un robusto niño de comestibles; es decir, del dueño del establecimiento.

Pensaron con tan fausto motivo los padres del chico, el sereno, que empezaba á ser del chico, y otros parientes del padre y del hijo, celebrar un banquete sin carácter político, por supuesto.

Y fuímos á comer en uno de nuestros segundos restaurants.

Como habían asistido el cirujano, comadrón aún no revalidado de médico, el padrino del chico, que era un zapatero que había leído mucho en periódicos, incluyendo folletines, y otras varias personas de cierta cultura relativa, cuando terminó la comida empezaron los brindis.

—Señores,—dijo el comadrón,—pocas veces me he levantado en este sitio con tanta satisfacción como ahora. Señores: estamos aquí reunidos en un círculo de amigos y enfrente de un acontecimiento grande.

Todos los circunstantes que conservaban el abuso de sus facultades, miraron al frente.

—Una matrona, una mujer hermosa y saludable,—continuó el orador,—una mujer virtuosa y capaz ha dado á luz un hijo, traslado fiel del padre y de la madre. Ha dado á luz ¿y cómo? ¡Ah, señores! con felicidad, con facilidad difícil.

Ayuntamiento de Madrid

HEMEROTECA MUNICIPAL

MARZO TOSO.

Ayuntamiento de Madrid

Los circunstantes no pudieron contener la risa y acabó el discurso en una tormenta.

Luego habló otro señor, después otro, y luego por unanimidad acudieron á mí.

¡Qué momentos!

Cuanto admiré entonces, no ya á los oradores parlamentarios, sino á los comadrones con «luces naturales.»!

Intenté combinar un discurso, me levanté de mi asiento, y.....

¿Y qué dirán ustedes que fué lo único que pude decir?

—«Hermanos: celebraré que al recibo de estas cortas líneas os encontréis padres.»

Pues me gané palmas y tabacos.

EDUARDO DE PALACIO.

IGUAL QUE EL AÑO PASADO

(CUENTO DE SEMANA SANTA)

Al pasar por cierta calle
la tarde del jueves santo,
se encontró Nicasio Perez
con Baldomero Velasco.
Eran los dos muy amigos
y, á más de amigos, paisanos,
y siempre que se encontraban
iban á echar unos tragos
á la taberna del *Bizco*,
donde pasaban el rato
contándose mútuamente
sus penas y sus trabajos
que, al fin y á la postre, ahogaban
en vino falsificado.

Los dos amigos se dieron
un fuerte apretón de manos.
—¡Cuánto me alegro de verte!
—Lo mismo digo, Nicasio.
—¿Vamos á echar unas copas?
—Si tú te empeñas...
—¡Pues claro!
Todavía tiene *mangue*
un duro, para gastárselo
con los buenos camaradas,
como tú, pongo por caso.
—¡Choca!.. y no te digo más
porque sabes demasiado
el aprecio que te tengo
desde hace ya muchos años.

—

Entraron en la taberna
á eso de las dos y cuarto,
y se salieron de allí
poco despues de las cuatro,
dando algunos tropezones
en las mesas y en los bancos.
—¿A dónde nos dirijimos?
—Pues si quieres que vayamos
al sermón...
—Dices muy bien;
vámonos corriendo, vámonos.
—¿Y á qué templo?
—Al mismo que
fuímos el año pasado.

Y aquellos dos camaradas
que, cogiditos del brazo,
iban describiendo curvas,
en la iglesia penetraron.

—

—¡Hijos mios! —exclamaba
en aquel instante el párroco —
¡ahí teneis al Redentor
agonizante .. clavado
en afrentoso madero,
ofreciendo, en holocausto,
su preciosísima sangre
con el fin, noble y magnánimo,
de redimirnos á todos ..

De pronto, con gran escándalo
del padre predicador
y de los fieles cristianos,
se oyeron las roncas voces
de Baldomero y Nicasio
que decían: —¡Vaya... vaya...
igual que el año pasado!

—

Se armó un tumulto espantoso;
muchos fieles, indignados,
gritaban: «¡Pillos! ¡herejes!
¡fuera de aquí los borrachos!»

Del católico recinto
á empujones los sacaron
y ellos, con gran parsimonia
y la sonrisa en los labios,
se miraban y decían:
—¡Igual que el año pasado!

En oscuro calabozo
á los dos los encerraron...
Diéronse los *filoxeras*
apretadísimo abrazo
y antes de dormir la mona,
á un mismo tiempo exclamaron:
—Chico... chico, ya lo ves...
¡Igual que el año pasado!

TOMÁS CAMACHO.

DESDE MI VENTANA

FRAGMENTO

¡Qué triste es ese wals!.... Suena lejano,
desfallecido, lento;
surge fresco y sonoro del piano,
y derrama en la clámide del viento
sus notas de cristal, vivas y aladas,
que llegan, como aves fatigadas,
en busca de un asilo, á mi aposento.

La calle está desierta,
la luna blanca y el ambiente puro,
callada la ciudad, y en lo distante,
entre penumbras, la ventana abierta,
como una mancha roja y fulgurante
en la medrosa obscuridad del muro.

Hay esplendores rápidos; chispea
en medio de las sombras misteriosas
una línea de plata que blanquea
los inciertos contornos de las cosas;
en el confin remoto centellea
la cúpula del templo, esbelta y alta,
y tras la curva rígida del monte
una serena claridad esmalta
la palidez azul del horizonte...

¡Qué triste es ese wals!... Y con qué anhelo
escucho su cadencia fugitiva,
mientras se pone mi alma pensativa
á contemplar el cielo!

Me hundo en un mar de sueños imposibles,
olvido el libro, que en la mesa, abierto,

Ayuntamiento de Madrid

me convida al estudio,
y oigo harmonías dulces y apacibles,
cual si tocasen harpas invisibles
un celestial preludio...
Besos que estallan y en el aire espiran,
alas que tiemblan y el follaje rozan...
oíd; son mis recuerdos que suspiran;
oíd; son mis tristezas que sollozan...
Esa es mi juventud que desfallece;
es mi ilusión que canta;
mi primer desengaño que aparece
y mi primer amor que se levanta.
Ese es el mismo wals que nos decía:
«El alma en primavera tiene efluvios
que no tornan; amaos todavía;
la dicha pasa y el dolor agobia...»
Y yo besaba los cabellos rubios
y los ojos azules de mi novia!...

Luis G. Urbina.

HEMEROTECA MUNICIPAL - MADRID

VISTAS DE MADRID

LA CAMILLA.

Las primeras rachas del otoño la sacan de la guardilla, donde pasa olvidada, cubierta de polvo, sin otra compañía que la de las arañas y los ratones, el eterno verano; ya baja al piso con el tablero, su armadura y sus faldas de bayeta, quedando en el cuarto de los vestidos á prevención, para salir á prestar sus servicios en cuanto aprieten los hielos. Después, en cuanto la sierra azota con su zarzagán á Madrid, en todas las casas de la clase media la camilla, la venerable camilla de nuestros abuelos; ocupa su sitio en el comedor, debajo de la lámpara, cobijando con los faralaes de su tapete verde el levantisco brasero, recogiéndole el calor é impidiendo que su respiración meffítica llene la pieza de tufo.

La camilla tiene un simbolismo muy hermoso: representa la paz del hogar. La indiferencia y el desvío no se sientan jamás ante ella; cuando el amor no calienta con sus rayos caniculares la familia, la dicha se busca en la calle; cuatro ó seis personas en torno de la humilde mesa con faldas, cotarrea de los alcaldes corregidores, significan la felidad transparente, radiante, á la luz del sol, sin la complicidad de la noche.

No existe mueble más blando de genio ni más discreto que la camilla; en la casa la aloran todos; los abuelos porque les mantiene las piernas calentitas mientras echan su sueñecillo, después de dejar ella la calceta que en liga en los ratos libres y de devorar él *La Correspondencia* en su parte política, que es la que le interesa, por más que, con su buena jubilacioncita, le importen un bledo todos los partidos habidos y por haber; la madre hacendosa, porque mientras cose sujetando la labor en el hule, puede cuidar de su niño rubio sentadito en la alta silla de brazos y pegado á la mesa; los novios porque, aprovechando el tapete protector, se dan ocultamente sus cartitas cogiéndose de paso los dedos... La musa festiva ha tomado la camilla por suya; esa velada en que los papás cabecean, las jovencitas hacen malla y el pretendiente de la mayor lee en voz alta una novela de Ortega y Frías, disparando á su elegida una mirada al rojo blanco, cada vez que vuelve la hoja, es una cosa cómica vista al través de la lente de hielo de la burla; pero adquiere un caracter augusto cuando se contempla con el corazón...

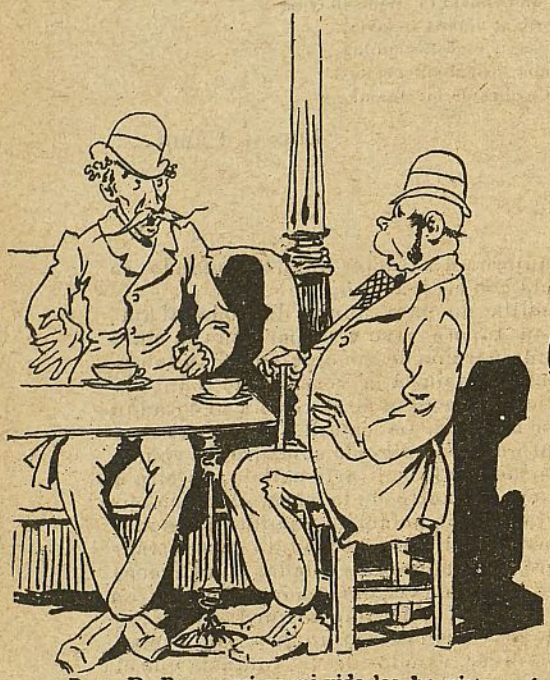
La camilla no pasa nunca de moda; al amparo de su tapete vive y se perpetua la clase media; una porción de generaciones han labrado su dicha gracias á la vetusta mesa ante la cual no hay pecho que no se resista ni corazón que no se ablande. La camilla es en extremo casamentera, tiene algo de comadre; la ventana misteriosa de la solitaria calleja, la cita á deshora en el huerto de la casa, el paseo por las afueras de la población, cuantas artes diabólicas emplea el amor escondido para atraer al hombre á sus adorables celadas son fugaces y débiles, nubes de verano, pasiones que duran lo que sus besos, de las que no quedan esos rescoldos de los cariños profundos, que vuelan para no volver, rápidos de la fantasía que el tiempo apaga.. La camilla es irresistible; diríase que la vicaría la subvenciona; posee algo así como los formidables brazos del pulpo y el jóven que se deja asir por ella se queda preso para siempre... Es complaciente y buena pero formal; tolera pero á cuenta del porvenir; consiente impaciencias de felicidad porque sabe que al fin del cuento se halla el cura con la epístola de San Pablo... La reja es carnal y frágil, la camilla es seria y honrada... La una representa el amante, la otra personifica el novio.

La camilla es además servicial por excelencia y amiga de prestar favores. Su enrejado está siempre á disposición de la dueña de la casa y en su trabazón de listones, secánse todos los días los pañales de los niños, oreados por el espliego y se enjugan las camisolas recien abrillantadas por la plancha... Después, cuando los ardores de verano echan hacia las montañas al frío, y el calor de la atmósfera abriendo de par en par los balcones lleva al gabinete la tertulia asida del fresco de la noche, la camilla sin resistirse, con humildad inmensa, se presta de buen grado á que la despojen de su tapete verde, á que le levanten el tablero, á que la doblen y la desarmen y á que la suban á la horrible guardilla donde se pasa cinco ó seis tristes meses abandonada y sola....

Alfonso Pérez Nieva.

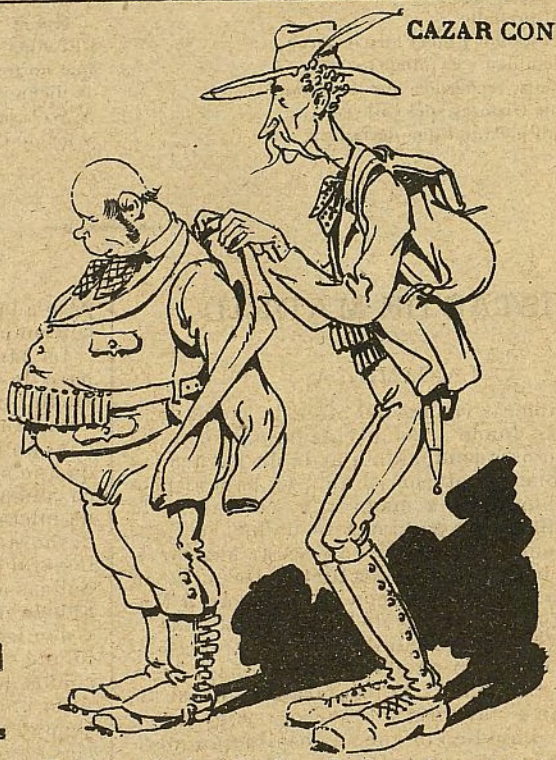
Ayuntamiento de Madrid

CAZAR CON

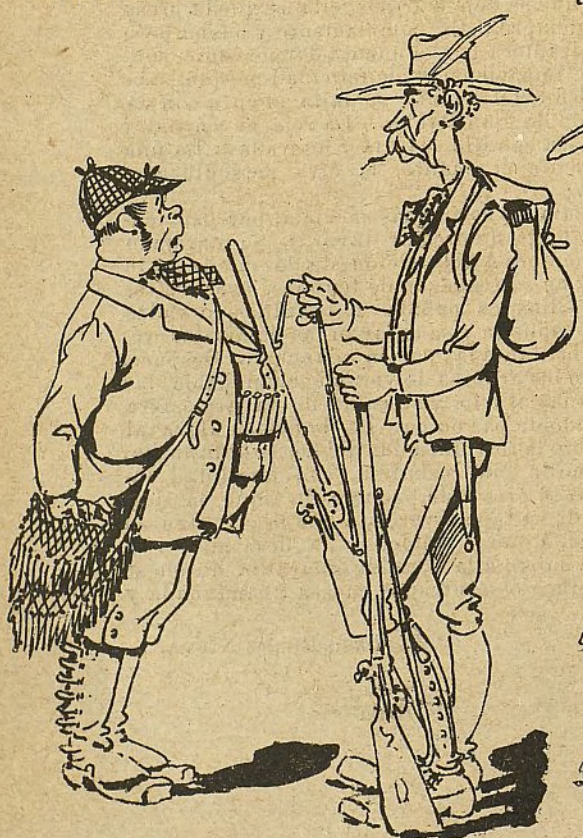


—Pero, D. Bruno, ¡si en mi vida las he visto más gordas!

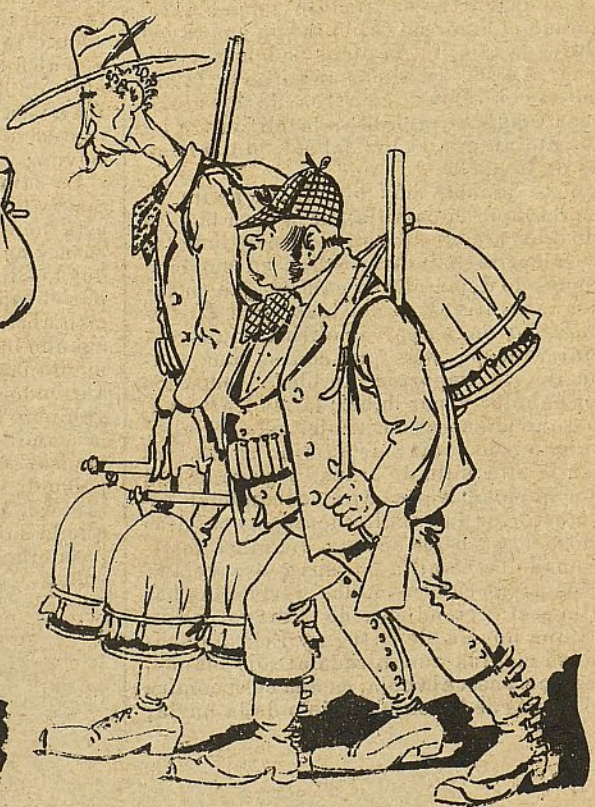
—Nada, nada: Mañana se viene V. á cazar conmigo.



Y, dicho y hecho: el mismo D. Bruno le prestó el traje,



le proporcionó escopeta;

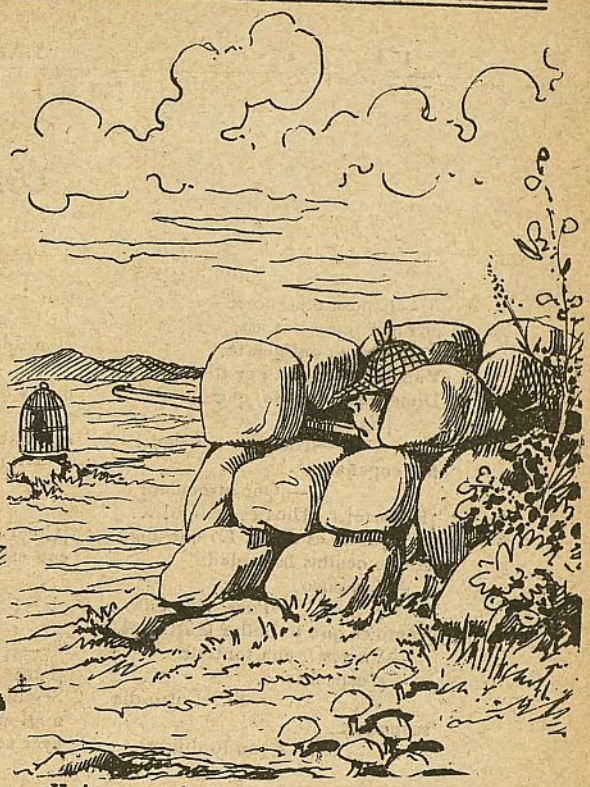


y le dejó el mejor reclamo. Y salieron al campo.

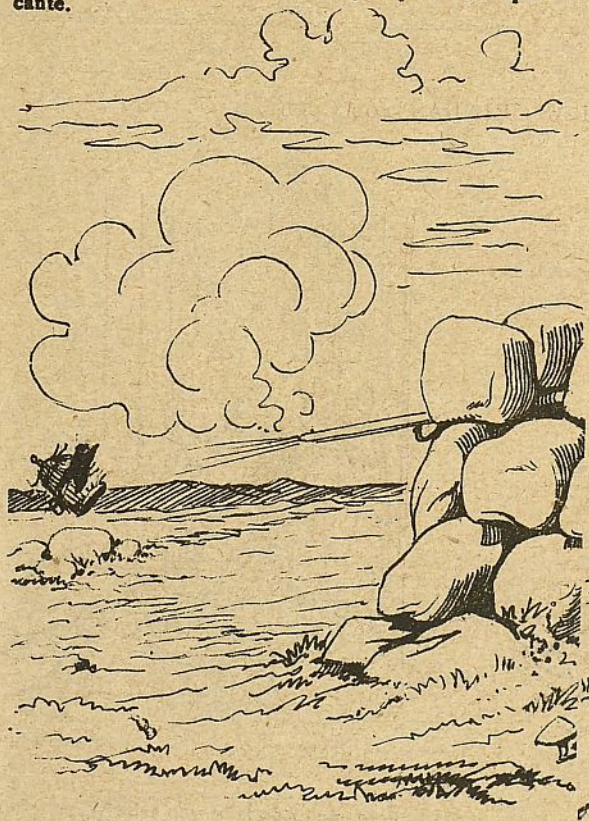
Ayuntamiento de Madrid

RECLAMO, POR MECACHIS.

—Ahora coloca aquí el reclamo y espera V. á que cante.



¡Y si no canta! ¡Valiente diversión! Y, bien mirado ¡no sé para que he de esperar á que cante!



¡¡Pum!!

¡Cielo! Si llego yo á saber que el matar perdices era tan facil, le pido á D. Bruno todos los reclamos.

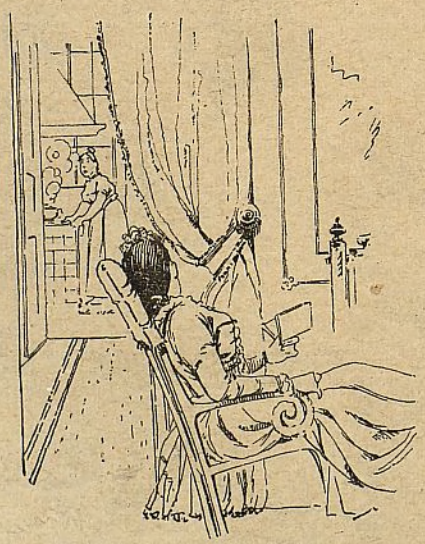
Ayuntamiento de Madrid

CONFIDENCIAL

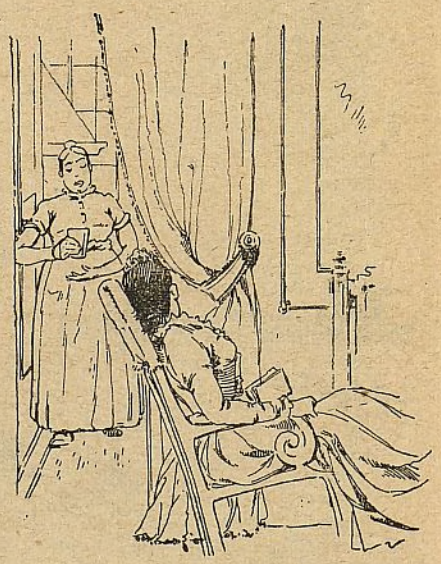
—Esposa mía, no sé
por qué te apenas así,
y pierdes tu antigua fé.
Vamos, ¿qué pasa por tí?
Dime: ¿qué te pasa, qué?
—¡Nada!
—Nada yo consigo...
Me engañas...
—¡Qué atrocidad!
¡Faltarte!... ¡Dios es testigo!...
—¡Si no es eso!... Lo que digo
es que ocultas la verdad.
—Tampoco.
—Pues, vida mía,
¿cómo es que te hallas tan triste?
—Ya ves... una tontería..
—¿Sospechas?...
—Sí: el otro día
sospeché...
—Y ¿no lo dijiste?
Eso...
—Fué por no tener
altercados...
—¿Por lo visto
dudas de mí?
—Dudo al ver
que hablas con esa mujer...
—¿Quién?
—Aurora.
—¡Jesucristo!
¡Creer que yo te faltaba
con esa..!
—¿Me equivocaba?
—¡No has de equivocar!...
—Perdona...
—(¡Mujer más inocentona!
¡Pensar que yo la engañaba!)
Según eso, al encontrar
á mi amigo Antonio Fé
ayer aquí en casa...
—¿Qué?...
—También podría dudar...
—¿Cómo? Yo no...
—Ya lo sé...
Ya sé que es firme tu amor,
—Y el tuyo?
—De amor me abraso.
—Entonces ese temor...
—Es que me he puesto en tu caso
para demostrar tu error.
—¿Me amas?
—Con idolatría.
¿Y tú?
—Te amo de igual modo.
¡Mí cariño!
—¡Esposa mía!
—(¡Jesús! ¡y yo que creía
que este lo sabía todo!)

ANSELMO GUERRA.

NUESTRAS CRIADAS, POR CUCHY.



—Rufina... ¡tráigame V. un poco de agua!

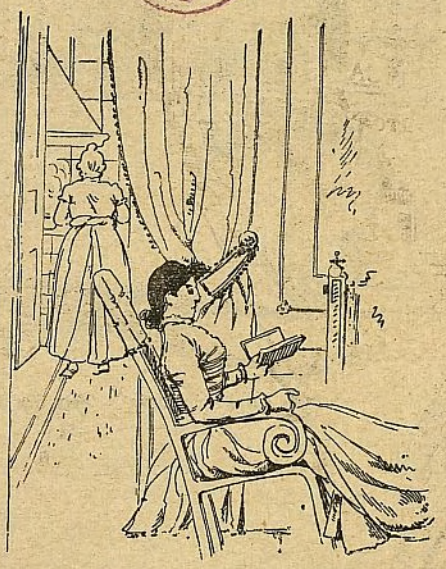


—Pero, mujer de Dios ¿no sabe V. que eso se trae en un plato?

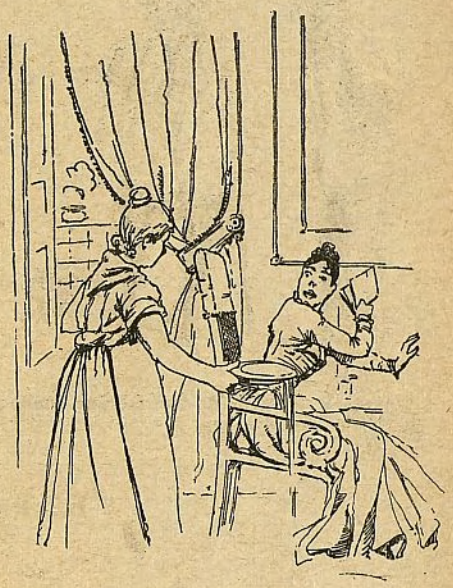
Ayuntamiento de Madrid

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

NUESTRAS CRIADAS, POR CUCHY.



Y Ru fina convencida de su error, dirijese á remediarlo...



como se puede ver

CHIRIGOTAS

Solución al jeroglífico del número pasado:

ERES UNA, ERES DOS,
ERES TRES, ERES CUARENTA;
ERES LA CHICA MÁS MONA
QUE ENTRE CRISTIANOS PASEA.

No se ha recibido ni una solución exacta.

El señor gobernador ha ordenado (como Vdes. lo oyen: ha *ordenado)* que las representaciones en los teatros terminen antes de las doce y media de la noche. Y ha conminado á las empresas que desobedezcan esta su orden con una multa de cien duros primero y con la clausura del teatro después.

Está bien; muy bien.

Pero ahora querría yo saber que opinaría el señor gobernador del que, con autoridad ó sin ella, se metiere á ordenarle lo que ha de hacer él en su casa: á qué horas se ha de sentar á la mesa, á cuáles debe levantarse, acostarse, etc.

Opinaría que el tal es... un entremotido ¿verdad?

Pues apliquese S. E. el cuento.

El que se mete á mandar en casa ajena se mete también... en camisas de once varas.

Y lo que S. E. ha hecho es ni más ni menos que eso: meterse á mandar en casa de los demás.

***

—¡Oh!—dirán algunos—es que el teatro es un sitio público y como tal está bajo las órdenes y bajo la vigilancia del señor gobernador.

Dispensen Vdes., los que así opinan. El teatro no es lo que se llama un *sitio público.* Es público... para el que pague el importe de la entrada á la empresa, que es la propietaria del negocio. De modo que en el teatro hay un amo: el empresario.

Es sitio público... la Rambla, por ejemplo.

Y no estaría mal que un día cayera el señor Gonzalez Solesio en la cuenta de que el pasearse á altas horas de la noche es antihigiénico.

Y mandara que, de las 12 en adelante, nadie pasease por la Rambla.

¿Que no habría razón para esto? Claro está; como tampoco la hay para lo otro.

Porque el caso es el mismo.

***

Esto aparte que en lo de salir tarde del teatro no hay ningun perjuicio para el público.

Porque... lo que dirán los empresarios (y dirán bien):—Pero, Señor ¿no es cada quisque dueño de marcharse del teatro á la hora que tenga por conveniente? ¿Le ponemos nosotros á alguien un puñal al pecho, para obligarle á esperar al fin de la función?

Y tienen razón los empresarios; muchísima razón.

CORRESPONDENCIA

Mtro. de Breham.—¡Diablo! ¡si dibuja Vd. muy bien! Lo malo es que la solución salta á la vista y...

L. G. A.—Alicante.—¿Quiere Vd. mandar la firma?

C. G.—Gijon.—¿Pagando? Bueno: páguela Vd. á duro el verso... y la publico. Son 18 quintillas; con que... ¡á ver!

Fray Cantárida.—Hombre, no; el honor sería de Vd. ¡Vaya una modestia que gastan algunos!

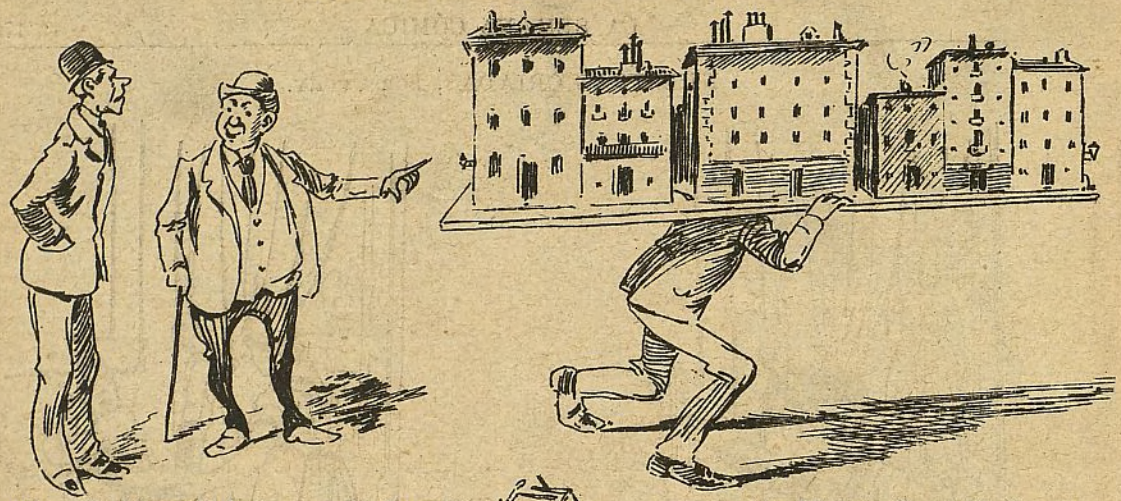
D. L.—Madrid.—Esas cosas tienen gracia cuando están hechas de buena fé. Pero, hechas así, á propósito ¿no le parece á Vd. que no resultan?

Sres. M. M. S., *El Chato de Cartagena*, V, M. P., *Un tranquil*, J. B., *Piripi* y D. P. S.—Barcelona.—*Fray Chorizo.*—E. S. P., C. *Rillas*, A. M. y *Un catalá.*—Madrid.—J. E. C.—Bilbao.—J. B.—Granada.—J. L—Córdoba.—*Galeote*, E. B de L.—Palma del Rio.—No podemos publicarlas. Y dispensen Vds. que, por falta de espacio, no diga por qué.

Imp. de Calzada é Hijo, Arco del Teatro, 9, pasaje.

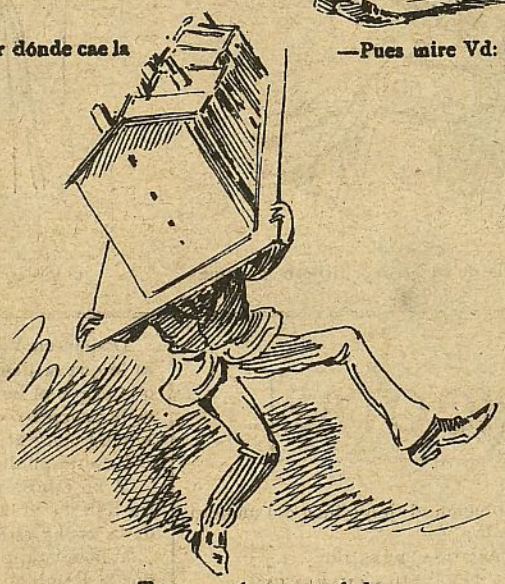
Ayuntamiento de Madrid

SEÑAS MORTALES, POR MELITON GONZALEZ

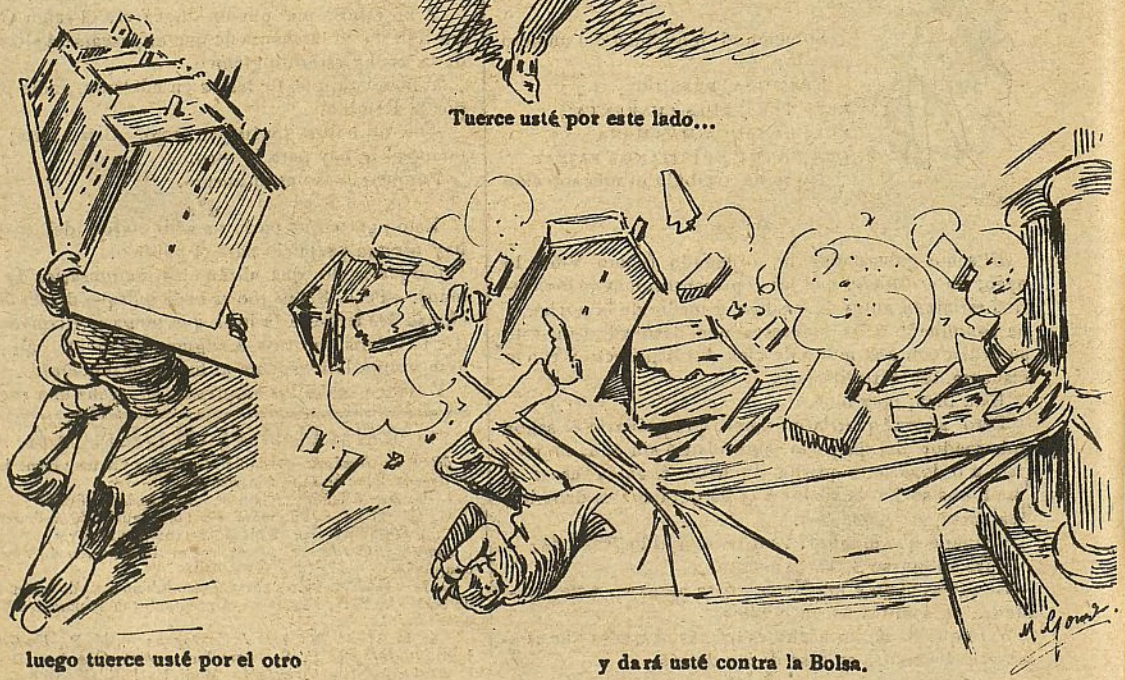


—¿Hace V. el favor de decirme por dónde cae la Bolsa?

—Pues mire Vd: toma V. esta fila de casas...



Tuerce usté por este lado...



luego tuerce usté por el otro

y dará usté contra la Bolsa.

Ayuntamiento de Madrid